

La ancianidad, decía Víctor Hugo, es la edad totalizadora del hombre: de su vida y de su pensamiento. En la ancianidad sana (puede serlo sana o enferma, como la juventud y la niñez) el hombre siente por igual la pesadumbre de los años y la ingravidez de los pensamientos: aquellos nos hacen sentirnos pesarosos de lo vivido (la amargura del vaso vacío), éstos nos dan la maravillosa transparencia cristalina del tiempo iluminado por el pensamiento. Dante diría que por su trasmutación en sueño («che li occhi per vaghezza ricopersi e'l pensamento in sogno trasmutai»). Se cierran los ojos cansados de mirar y se sueña, se ven visiones; se piensa, en suma: se recuerda. Pensamos o soñamos lo vivido más intensamente con el alma a medida que se nos va cansando el cuerpo. Esta clara visión memorable de todo, esta clarividencia sublime de la ancianidad (la del propio Víctor Hugo, como la de Leonardo o Cervantes, o Lope de Vega o Goethe...), «nos abre las puertas del destino» como un sueño acogedor, según otro poeta. Sin embargo, el vaso vacío de la cristalina temporalidad nos deja en los labios, al apurar su contenido de sombra, el sabor de su poso amargo: el alma siente esta amargura última de la vida antes de dormirse para siempre en su maravilloso sueño, y es como el último rescoldo de su memoria, que no es la que dejamos de nosotros a los demás, sino la que apuramos en nuestro vaso de nosotros mismos.

MEMORIA AMARGA DE MI

por José Bergamín

*«En todas partes dejé
memoria amarga de mí...»*

No dejé, me traje conmigo. Precisamente para no dejarla en ninguna parte, ni dejársela a nadie. Al menos, en lo que pude. Y esta visión memorable de lo por mí vivido y soñado por mi pensamiento: en esas figuraciones mías animadoras del pasado por el recuerdo, todo lo que yo me figuraba me parece que no pasó, que está pasando aún, que me lo sigo figurando como si rompiese su línea temporal, el hilo del alma, espaciada por las figuraciones mismas con esa visión clara de toda mi vida, que es también, al cerrar los ojos, «memoria amarga de mí».

La huella de Unamuno

En ésta, mi «maravillosa visión» de lo vivido, dialogo, como Nietzsche diría, con mis propias sombras infernales, como el Dante; porque, como él, y sabiéndolo o no, todos hemos visto, *maravillados*, alguna vez en nuestra vida, esta *comedia* humana (de la que somos, querámoslo o no, actores) *divinizarse* por el sueño: esto es, por el pensamiento que la trasmuta o trasfigura en sueño para verificarla. En esta *maravillosa visión* dantesca de nuestra vida, por el tiempo vivido y soñado largamente, podemos llegar a *memorizarla*, que es más que



Unamuno en la manifestación del 1 de mayo de 1931. A la izquierda, entre Largo Caballero e Indalecio Prieto. A la derecha, entre el alcalde de Madrid, Pedro Rico, Largo Caballero y Prieto

recordarla, y, de este modo, al evocar sus horas que ya creemos muertas, pulsar en su latido todavía el de nuestra sangre; la de nuestro propio corazón, «como un eco del corazón del mundo», según dijo el poeta.

Yo tuve la suerte de conocer en vida a algunos maestros de la mía (me refiero a poetas, claro es) en su ancianidad clarividente o en los umbrales de ella. Entre todos ellos, el que dejó más huella en mí, con su vida y con su palabra, fue Miguel de Unamuno. Esto no quiere decir que olvide y no memorice a otros como a Valle-Inclán o como Azorín, guías espirituales de mi vida desde mi adolescencia.

Escribía Barrés en sus admirables *Cuadernos* memorializantes, que él no amaba a los escritores o poetas geniales por sí mismos, sino que amaba en ellos su genio, o sea, el genio o espíritu que en ellos se revela, por así decirlo, a pesar suyo, involuntariamente. En nuestra experiencia propia esto es cierto en algunos casos, pero no en otros. Citaría entre los españoles espirituales o geniales que he conocido esos dos casos, de los que son amables por su genio o espíritu revelador, que puede parecernos que lo es a su pesar (o que puede separarse de ellos, de su personalidad viva) y aquellos otros en quienes su «genio y figura», diríamos, nos parece inseparable de ellos mismos personalmente; y que lo es verdaderamente inseparable hasta su vejez y hasta su muerte. En este último caso, lo fueron para mí Unamuno y Valle-Inclán y Antonio Machado. En el otro caso, tal vez, Juan Ramón Jiménez, Manuel de Falla y Pablo Picasso.

Nada esclarecerá mejor lo que vengo diciendo que la lectura de una carta de Unamuno (de entre las muy pocas que he podido conservar suyas) cuya relectura tal vez me ha sugerido ahora esta memorialización de su recuerdo: Es carta fechada en Hendaya, desde su destierro, exactamente con la fecha del 13 de abril de 1926. Es decir, que acaba de cumplir esta carta los cincuenta años, el medio siglo, de que se escribió. Carta poética y profética como casi todas las suyas *confidenciales* como ésta. Creo que mi lector me agradecerá su lectura.

Señor don José Bergamín
Madrid.

«Se acerca tu hora ya, mi corazón casero;
invierno de tu vida al amor del brasero
sentado sentirás,
y tierno derretirse el recuerdo rendido
embalsamando al alma con alma de olvido,
de siempre y de jamás.
Y pasará tu vida, mi alma, mi vida,
sombra de nubecilla en la mar adormida
de la loca razón;
al fin despertarás por debajo del sueño
sin llegar a gustar la carne de tu empeño
¡cansado corazón!

Hendaya, 11-IV-26. ▶

**«... Pensamos
o soñamos lo
vivido más
intensamente
con el alma,
a medida que
se nos va
cansando el
cuerpo»**

«... ¿Leer?
No leo
mucho, como
no sea en la
mar, de la
que soy cada
vez más
íntimo amigo»

«Como más de una vez me ha enviado usted, mi buen amigo, a la confianza, empiezo por enviarle ese pequeño desahogo —no sé si Núñez de Arce le habría llamado también "suspirillo germánico"— que me brotó anteayer. Así avivo la fatídica murria que me va invadiendo al ver, no la cobardía, sino el colapso letárgico de mis compatriotas. Y lo peor es que se me está agriando y emponzoñando el alma y me temo que yo, paladín de la justicia, acabe por perder el sentido de ésta. ¡Si viera usted lo que es el destierro espiritual! No el material, pues éste, para una indole de cartujo como la mía, se soporta tal cual».

«No hay más justicia que la verdad. Y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más que el goce y más que el dolor. Verdad y vida, pues, y no razón y goce, es mi divisa. Vivir en la verdad, aunque sea sufriendo antes que razonar en el goce o gozarse en la razón. Y vea cómo esta tragedia ambiente que estoy viviendo, en la que soy agonista y a veces protagonista y siempre antagonista, me adentra a concepciones de fuera de la historia. Cuando vuelvo la vista del espíritu a mis últimos tormentosos doce años, desde que me arranqué de la soñarrera sombrosa de cierto angosto gabinetito de Salamanca —¡lo que soñé en él!— me parece sueño de un sueño. Y ahora comprendo mucho de lo que escribía yo mismo, sin comprenderlo bien, al comentar la vida y la pasión de nuestro señor Don Quijote, virgen como Jesús. ¡Doce años! No sé si me quedan otros tantos de vida verdadera, antes de retirarme a preparar el último sueño, pero sé que ya no sufriré tanto. Sobre todo, en intentar hacer sufrir a otros. Porque muchas de las heridas que inflijo me duelen más que a aquéllos a quienes se las asesto. ¡Es tan terrible el oficio!...»

«¿Escribir? Poco. Me da miedo escribir; cuando cojo la pluma parece que se apodera de mí un demonio (demonio en el sentido primitivo, helénico) me siento poseído —esto es: energúmeno— y tiemblo. Esta es la verdad. Porque he llegado a esto, a asustarme de tener que leer algo que escribí, algo que escribí el que fui. Tiemblo de tener que ponerme a pensar en el que pude haber sido, en el ex futuro Unamuno, que dejé hace años desamparado y solo ¡pobrecillo! en una sendeja del páramo de nuestra historia española. Pero ¡pecho al aire!»

«De ahí, de España, no quisiera saber nada y menos de los que gritan para no oír, llaman la España grande. Me acojo a la otra, a mi Españita. A ver si los de la cruzada y el desquite renuncian al intento de guardiacivilizar el Rif, que es incivilizarlo. Y a ver si salimos del honor del verdugo.»

«¿Leer? No leo mucho, como no sea en la mar, de la que soy cada vez más íntimo amigo. Y lo que quisiera tener voluntad para no leer nada son periódicos españoles. Es algo pavoroso, ni un chasquido de rotura de cuerda del corazón. En cambio, se siente rechinar las poleas de los fantoches, de los molinos de viento que son nuestros gigantes.»

«Y ahora ¡a la lucha!
No olvide saludar a su señor padre. Yo, que estoy arrastrando a mis hijos en mi sacrificio, tengo el culto de la paternidad.
Y basta de desahogo.
Queda su amigo

Miguel de Unamuno

En el destierro de Hendaya
13-IV-año tercero de la tiranía.»

Cincuenta años, medio siglo, no solamente no han bastado para quitarle a esta carta su permanente actualidad, sino que se la han acrecentado y, sobre todo, por la muerte de su autor, que no llegó siquiera a los doce años presentidos por él, como en esta carta nos dice; diez años más sobrevivió a ella, una década en la que nos dio tal vez sus mejores páginas, que llamó *comentarios* y publicaba periódicamente, y que, como esta carta, fueron para él desahogo y confianza.

«... A ver si
los de la
cruzada y el
desquite
renuncian al
intento de
guardiacivilizar
el Rif»

Verá el lector que el poemilla que la precede está fechado el día 11 y la carta, al final, el 13 (de 1926, en su destierro de Hendaya, diciendo: «año tercero de la tiranía», que lo era la dictadura de Primo de Rivera, al que Unamuno denominaba «dictador al dictado», y no, entonces, del Rey). Señalo esto porque la emoción lírica que estremece el admirabilísimo poema es la misma que le sigue en la carta confidencial, por lo que su «íntima lejanía» nos parece cada vez más clara. Así digo que es todo una carta poética y profética; y aún, que transparente la fisonomía espiritual de don Miguel en su entereza verdadera. Todo nuestro Unamuno está en ella retratado; autorretratado sin proponérselo, sino por el hecho mismo de su conmovedora sinceridad.

El poema es claramente premonitorio de su muerte en aquel «angosto gabinetito» de su casa de Salamanca, donde, como prisionero, moriría al acabar el año 36; y no doce, sino diez años después. Y «al amor del brasero», sentado al calor del último rescoldo de las brasas de su íntimo rincón hogareño; durmiéndose así para poder despertar al cabo «por debajo del sueño»; de su sueño de toda la vida, que no era, que no fue el de la «soñarrera asombrosa» de aquel gabinetito en que murió, sino el del paisaje y lenguaje vivos de una España entera y verdadera como él: como él la quiso y la soñó que fuese: «¡Sueño de un sueño!».

Quijotismo

Con su confianza (respondiéndome) como en su lírico desahogo «suspirante» (como tantos otros suyos, becqueriano) nos dice que trata de avivar «la fatídica murria» que le va invadiendo «al ver, no la cobardía, sino el colapso letárgico» de los españoles. Hasta tal extremo, que siente que se le está «agriando y emponzoñando el alma», y teme por ello perder el sentido de la justicia, de la que siempre se creyó paladín. Como lo fue, en efecto, y, a veces, como entonces tal vez, quijotesco (comprendiendo —nos dice— lo que había escrito «sin comprenderlo bien», «al comentar la vida y pasión de nuestro señor Don Quijote»).

Por su quijotismo de entonces y de siempre, nos dice don Miguel en esta carta que comprendía lo que muchos años antes había escrito y comentado de su Don Quijote (que a él no la parecía, sin embargo, como a nosotros, tan cervantino, porque lo unamunizaba; y hacia bien). Y nos dice esto a renglón seguido de habernos afirmado que «no hay más justicia que la verdad», y que ésta «puede más que la razón», como dijo Sófocles. Y no otra cosa que ésta nos ha ido pareciendo a nosotros con el tiempo, leyendo y relejando a Cervantes, que es el pensamiento esencial, radical, de su libro de Don Quijote. La afirmación de la verdad, como enemiga de la razón, la que engendra las veras y las burlas de la fabulosa invención poética del libro de Cervantes, donde lo que, en definitiva, se nos afirma, más allá de la afirmación del trágico griego, es que para encontrar la verdad hay que empezar por perder la razón como Don Quijote. Pero Unamuno añade a lo que afirma Sófocles que, del mismo modo que la verdad puede más que la razón, «la vida puede más que el goze y más que el dolor» (más que su sensación o sentimiento, de los que no podemos separarla sin destruirla). Y también es esto lo que nos parece a nosotros que afirma Cervantes en su Don Quijote y en toda su obra novelesca y teatral.

«Verdad y vida, pues, y no razón y goze, es mi divida», nos dice Unamuno confidencialmente en esta carta. Y añade con veracidad conmovedora: «Vivir en la verdad, aunque sea sufriendo, antes que razonar en el goze o gozarse en la razón». Y todavía nos añade como ejemplo vivo de su veracidad que proponía esa *tragedia ambiente* (soy yo quien subrayo) que está viviendo (la de su España) y de la que es a veces *agonista* y otras *protagonista*, pero siempre *antagonista*, le «adentra a concepciones de fuera de la historia». Otras veces dirá visiones. No sabe —nos dice— evocando sus últimos doce años pasados, dentro y fuera de España (de 1914 a 1926), si le quedarán otros tantos de *vida verdadera* (no fueron más que diez) antes de retirarse «a preparar el último sueño». «Pero sé —nos dice— que ya no sufriré tanto». Y aún: «Sobre todo, en hacer sufrir a otros; porque muchas de las heridas que inflijo me duelen más que aquellos a quienes se las asesto. ¡Es tan terrible el oficio!».

Juan Ramón
Jiménez



Ramón María
del Valle-Inclán



«... Siento que ese viejo buho de Unamuno no ha muerto del todo...», es como si su sombra inquieta errase sobre los campos y los montes de España»

«Santo oficio»

¿Qué oficio? El de escribir, que es, nos lo dijo repetidamente toda su vida, «santo oficio de inquirir verdad». A lo que nosotros añadiremos: y de perder razón. «Cuando cojo la pluma —leemos en su carta— paréceme que se apodera de mí un demonio (demonio en el sentido helénico), me siento poseído —esto es, energúmeno— y tiemblo». Y aún añade: «esta es la verdad».

La verdad es que temblaba « de tener que ponerme a pensar» —nos dice— «en el ex futuro Unamuno que dejó... desamparado y solo —¡pobrecillo!— en una sendeja del páramo de nuestra historia española». ¡Terrible paramera de nuestra historia! La de una España de la que nos dice que «no quiere saber nada; y menos de la que los que gritan para no oír, llaman a la España grande...». ¡Terrible augurio! diez años antes de la gritería sangrienta de «los de la cruzada y el desquite», de los «guardiacivilizadores a la rifeña».

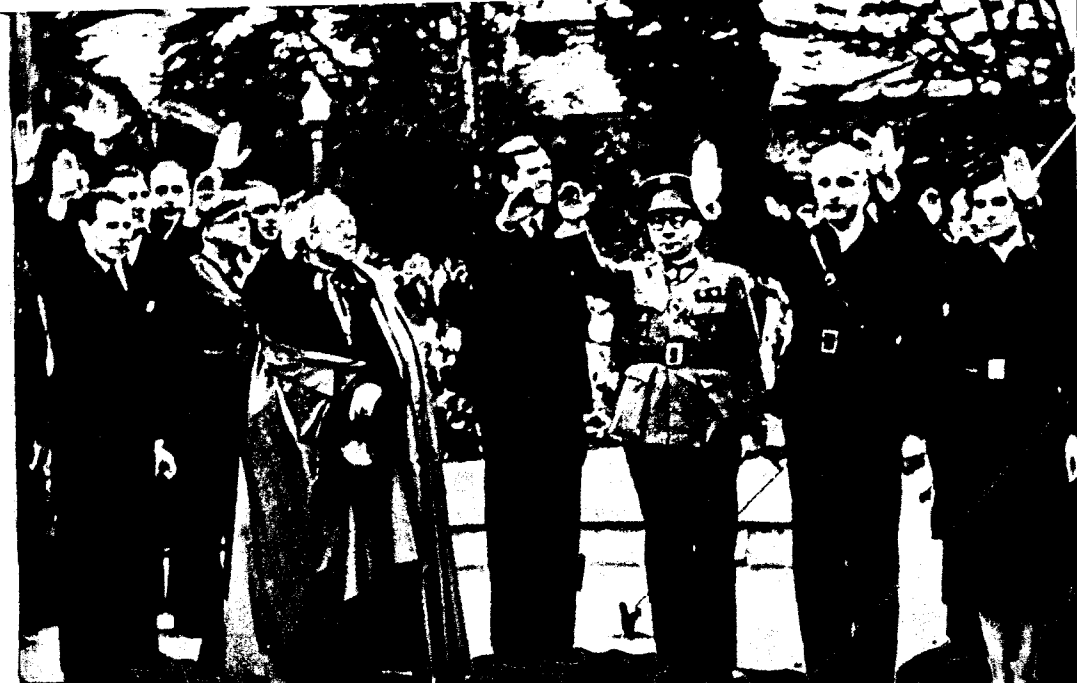
También nos dice (después de asegurarnos que lee en el mar que es su íntimo amigo), que «lo que quisiera tener voluntad para no leer nada, son periódicos españoles. Es algo pavoroso. En cambio, se siente rechinar las poleas de los fantoches, de los molinos de viento que son nuestros gigantes». Y ahora nos resulta a nosotros más pavoroso aún, releyendo su carta, su actualísima presencia viva. Porque él también nos está gritando desde ella su ¡pecho al aire! y ahora ¡a la lucha!». Luchaba —escribió— «porque cada cual, hombre o pueblo, sea él y no otro».

A primeros de enero en 1939, mi muy querido y admirado Pablo Luis Landsberg, me escribía desde París:

«Siento que ese viejo buho de Unamuno no ha muerto del todo, no ya en el sentido de la inmortalidad metafísica o de la gloria: es como si su sombra inquieta errara sobre los campos y los montes de España. ¿Cómo puede dormir tranquilo el que dijo que llevaba en sí mismo a todo el pueblo español con todas sus contradicciones? Sólo el día en que los españoles se reconcilien, en un renacer que sea el libre cumplimiento de destinos comunes, el día en que desaparezca la presión de oscuras fuerzas extranjeras, podrá tener paz. Y sólo entonces podrán ustedes, los herederos de su espíritu, contemplar apreciativamente lo duradero de su esfuerzo. Hoy sólo podemos expresar por nuestra inquietud la significación de su obra».

Y hoy, ahora, pensamos, sentimos, con el filósofo, que también. Por la misma inquietud.

Unamuno, por el escultor Vitorio Macho y por el pintor Juan de Echevarria



RELIGION Y UBIAS EN ESPAÑA

Por Guy Hermet

En este período crucial para el futuro de España, el factor religioso desempeñará un importante papel en el terreno político. En este momento carecemos de información precisa de lo que podría denominarse las actitudes políticas de las «masas católicas», especialmente en la hipótesis de unas elecciones. El asunto, sin embargo, es clave para poder apreciar el juego político español.

No es fácil discernir tales actitudes. Un primer problema se plantea de entrada: definir de manera aceptable lo que se entiende por «masa católica», especialmente en un país donde el catolicismo domina de forma difusa, y en el que los censos no permiten distinguir de modo válido las distintas categorías de población en el plano confesional. Se puede resolver, de manera arbitraria, identificando esa masa con la categoría que la sociología religiosa encierra bajo la denominación de «práctica regular» o «asistencia a misa»: esto es, el grupo de personas que «acuden normalmente a misa los domingos» —o actualmente, los sábados por la tarde...—, respetando así el precepto más descollante con respecto a la ortodoxia externa del catolicismo. Es obvio añadir que tal práctica formal carece de significado en cuanto a

apreciación honda de la fe. La asistencia asidua a las ceremonias del culto no es la exigencia primera para un espíritu «evangélico» y el desapego progresivo del clero para con las encuestas sobre práctica religiosa, demuestra perfectamente la toma de conciencia del hecho por la misma Iglesia. Desde luego no se pretende comprobar la autenticidad ni el valor espiritual del sentimiento religioso de los españoles, sino delimitar las fronteras de un grupo que pretende referirse al catolicismo de modo visible, por la piedra de toque que consiste en la asistencia regular a misa. Tal modo de proceder aparta, seguramente, a los católicos «antiritualistas» cuyos comportamientos políticos pueden presentar, con seguridad, unas motivaciones religiosas muy vivas, pese al abandono consciente del precepto dominical. Esta fracción de católicos es, sin